

En su primer aniversario

ACTO DE HOMENAJE A JUAN BENET

Acaba de cumplirse un año -el día de Reyes- del fallecimiento de Juan Benet Goitia. Con este motivo, la Revista de Obras Públicas quiere rendir su homenaje al que fue gran profesional y gran escritor, y que cumplió con creces el reto de Agustín de Betancourt a los ingenieros: "tener una educación no vulgar, la cual no solamente hace recomendables los hombres en el trato con los demás, sino que también da aquel discernimiento y aquel tacto fino que en ciertos casos suele servir aún más que la ciencia". El texto que sigue, revisado y coordinado por Mónica Baeza, es el que conformó la solemne sesión que en honor de Juan se celebró en el Colegio de Ingenieros de Caminos, del que era Colegiado de Honor, el pasado 14 de octubre.

**JOSE ANTONIO
TORROJA CAVANILLAS**

En primer lugar, agradecer la respuesta de cuantos estáis aquí esta tarde en respuesta a esta convocatoria de nuestro Colegio de Ingenieros de Caminos para asistir a este acto de recuerdo y homenaje a la figura de Juan Benet.

Esta sesión responde a un deseo de este Colegio de celebrar un acto de reconocimiento a uno de sus miembros. Es un acto,

por tanto, íntimo de nuestra profesión y de nuestro colectivo; y sin embargo, pocas veces esta sala ha estado tan abarrotada de personas que no tienen una relación directa con los propios Ingenieros de Caminos. Pero es lógico que esto sea así, porque Juan Benet fue a la vez ingeniero y escritor, o si se prefiere, escritor e ingeniero. Sería muy difícil decir qué palabra debería preceder a la otra.

A lo largo de la vida, cualquier persona desarrolla unas actividades interiores - hacia su familia, hacia sus amigos- y otras

exteriores - hacia la sociedad-. Son aquellas actividades a través de las cuales la sociedad conoce y valora a una persona, las que en última instancia definen públicamente "su profesión". Esta última actividad suele ser única, o al menos única en diferentes etapas de nuestra vida aunque pueda cambiar a lo largo de ella. Pero Juan fue atípico en esto, como en tantas otras cosas, porque cultivó por igual y de forma permanente su actividad o "su profesión"- de escritor y de ingeniero, y no sólo las amó a ambas por igual, sino que jamás renegó de una de ellas para dedicarse en exclusiva a

la otra. Yo no podría valorar si su actividad como ingeniero le impidió desarrollarse más como escritor; lo que sí puedo decir es que su actividad como escritor nunca le impidió desarrollar su función como ingeniero con la dedicación y, en particular, con la responsabilidad que su propio trabajo conllevaba. Quizás por ello se dé el hecho curioso de que Juan Benet es el único Ingeniero de Caminos que no por sus méritos colegiales, profesionales, o de reconocimiento político etc.. sino por sus propios, y exclusivos, méritos personales, alcanzó la máxima distinción que este Colegio otorga, la de Colegiado de Honor, que recibió en el año 1985 con un hermoso y valiente discurso que todos guardamos en el corazón. Y es también por aquella razón por la que entendemos que nadie puede erigirse, diríamos, en detentador de la posesión patrimonialista de la figura de Juan Benet. Buena prueba de ello es la presencia multidisciplinar en esta sala. Y es por eso también por lo que al organizar este acto tuvimos presente desde el primer momento, que en este homenaje, en esta glosa de la compleja personalidad de Juan Benet no era posible, ni sería correcto, el plantearla solamente desde la perspectiva de Juan Benet ingeniero.

Por ello, y ante todo, mi agradecimiento a todos aquellos que han respondido a la petición del Colegio por estar presentes esta tarde aquí, en esta mesa, protagonizando el homenaje a Juan Benet. Todos ellos están, pues aunque Félix de Azúa por razones de última hora no ha podido venir, y me pide le excuse ante todos por ello, nos ha enviado unas letras con el encargo de que sean leídas por José Antonio Fernández Ordóñez. Podemos considerar por tanto que la respuesta ha sido unánime. Mi agradecimiento por el esfuerzo que indudablemente ha representado para muchos de vosotros el estar aquí esta tarde.

Y no quisiera terminar sin dejar constancia a Blanca Andreu, la mujer que compartió con Juan los últimos años de su vida, y a sus hijos, que este Colegio se siente y se ha sentido siempre altamente honrado por poder contar entre sus miembros con un colegiado con las condiciones humanas

que caracterizaron a Juan Benet. Muchas gracias.

**PALABRAS DE
FELIX DE AZUA LEIDAS POR
JOSE ANTONIO
FERNANDEZ ORDOÑEZ**

Aunque un cúmulo de imprevistos me impida estar presente en el homenaje que el Colegio de Ingenieros de Madrid tributa hoy a Juan Benet, si quisiera, por lo menos, sentirme junto a los familiares y amigos de Juan, aún cuando sea a través de persona interpuesta, ya que estar en vuestra compañía es también estar en la suya. Hablar de él es continuar disfrutando de su existencia un rato más. Hablamos, pues, de él.

En muchos de los recuerdos y anécdotas que sobre Juan se han escrito durante los últimos meses, sobresale con frecuencia su talento para la imitación. Como todo narrador de raza, Juan tenía la facultad de meterse en la piel de los arquetipos, y cuando imitaba a un factor de ferrocarril, a un gentleman farmer, o a un gimnasta alemán, lograba encarnarlo con una economía de gestos y una elegancia dramática que habría envidiado Beckett. Cuando el talento imitativo llega a esas alturas deja de ser copia y comienza a ser creación.

“Para mí es indudable que la larga tradición que en nuestro país tienen las obras de regadío -tradición que se remonta a los tiempos de las dominaciones romana y musulmana- es la gran responsable de la rutina que, por lo general, caracteriza su planteamiento y ejecución”

(Juan Benet en el artículo "Soluciones constructivas en obras de regadío" publicado en la ROP en 1965)

Como diría Juan imitándose a sí mismo, tengo para mí que entre sus muchas imitaciones, una de las más notables fue la del arquetipo de ingeniero. El suyo fue un ingeniero inspirado por la literatura inglesa y francesa del XIX, pero sin olvidar a los canalizadores y polemólogos renacentistas, ni a los pontífices latinos. Podría haber elegido una encarnación más actual, más tecnológica, más informática. Pero Juan, sin la menor duda, prefirió para su imitación al ingeniero romántico.

Todos le recordamos en alguna que otra visita de obra, impostando al ingeniero fáustico que avanza a zancadas entre el barro y los hierros retorcidos, con las manos enlazadas a la espalda y la mirada aquilina avizorando una vaguada. O bien, agachándose de improviso para desmenuzar un terrón, y aún olerlo, como le vi hacer en una visita pirenaica en la que por un momento sospeché que se lo iba a llevar a la boca. Era una imagen magnífica, de rotundo decoro, y siempre aligerada por su actitud Longe-in cheek, porque aquellas representaciones nos las dedicaba a nosotros, los profanos. Aquél era el ingeniero que había soñado Julio Verne: el hombre que domina a la naturaleza con su inteligencia, sin nunca violentarla.

En dos de sus escritos técnicos: Soluciones constructivas en obras de regadío, editado el año 1965; y Panorama actual en las relaciones contractuales en la construcción de túneles, editado en 1974, puede rastrearse esa intención fabuladora. Son textos de absoluta relevancia técnica, pero están escritos con la prosodia de sus novelas. En Juan se producía ese maridaje tan infrecuente en nuestro país: la eficacia nunca le cedía el terreno a la elegancia. Para él habría sido inconcebible que como ingeniero no redactara piezas tan plutarquianas como las que escribía haciendo de escritor.

Así por ejemplo, el texto de Soluciones constructivas comienza del siguiente modo:

“Para mí es indudable que la larga tradición que en nuestro país tienen las obras



Acto de homenaje el 14 de octubre de 1993 en el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos

de regadío —tradición que se remonta a los tiempos de las dominaciones romana y musulmana— es la gran responsable de la rutina que, por lo general, caracteriza su planteamiento y ejecución”.

Esto es Benet al cien por cien. Podría perfectamente tratarse del inicio de uno de sus relatos regionatos. Y obsérvese que el argumento del informe posee esa carga irónica que da carácter a toda página escrita por Juan. El argumento afirma que si la obra de regadío española es defectuosa, ello se debe a la tradición romano-musulmana. Algo así como escuchar a Le Corbusier afirmando la decadencia de la arquitectura francesa por causa de la monumental tradición gótica de aquel país.

Les ofrezco, para concluir, un hermoso párrafo de la conferencia titulada Panorama actual en las relaciones, etc., que Juan leyó en el Primer Simposio Nacional sobre Túneles:

“Semejante manera de pensar no puede ser sustentada, a mi parecer, por un hombre responsable y deseoso de hacer la obra que se le ha encomendado, porque pone de manifiesto su mala conciencia respecto a

un problema que no ha querido abordar en su generalidad, y su deseo de transferirlo a otro que ha acudido a prestarle un servicio —y en ello pone toda su capacidad— pero no a resolver los enigmas de su competencia ni a asumir las responsabilidades de su función”.

Basta cambiar la frase “hacer la obra” por la frase “ganar la batalla”, y nos encontramos en el oscuro, oracular, ominoso ámbito de Herrumbrosas lanzas.

Dicen sus colegas que Juan fue un gran ingeniero, y sobre ello no me cabe la menor duda. Pero la fuerza épica y el ácido de su escritura permearon todos los estratos de su personalidad. No es un juego de palabras la afirmación de que una de sus más notables obras de ingeniería fue su propia encarnación del ingeniero. No permitió que la hipertecnidad o la dependencia cada vez mayor de peritajes ajenos en aspectos cada vez más especializados, disminuyeran su responsabilidad; quiso conservar intactos los caracteres de una tradición digna y admirable.

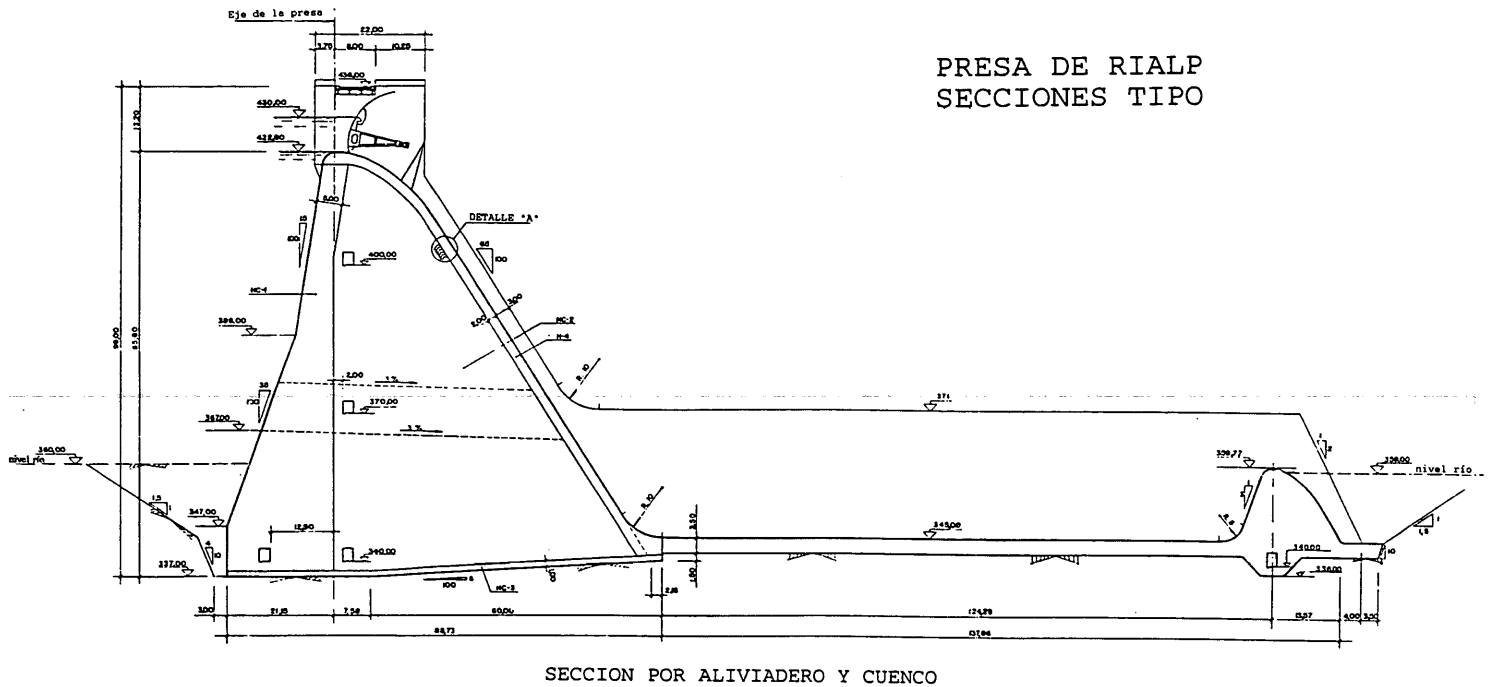
Para Juan, como para la tradición que él respetaba, un ingeniero ha de ser siem-

pre un moralizador de la naturaleza. Aquel que introduce la finalidad en el caos, para ordenarle un destino. Eso fue para él la ingeniería. Pero no otra cosa fue siempre para él la escritura. Por eso, creo yo, siempre dijo ser un ingeniero que escribía, y nunca le oí cambiar el orden de las palabras.

ADRIAN BALTAÑAS

A menudo suele ocurrir con personalidades tan fuertes y tan vigorosas como la de Juan Benet, que su imagen pública está en general asociada a sus aspectos más polémicos, más contradictorios de su personalidad, cuando en realidad todos esos aspectos lo que están poniendo de manifiesto son sus virtudes y sus cualidades básicas, y sus valores más primigenios; y de hecho fueron los que marcaron profundamente ese doble quehacer, esa doble voluntad que surgirá continuamente en todas las intervenciones y que se refieren a su doble personalidad de ingeniero y escritor.

PRESA DE RIALP
SECCIONES TIPO



Sección transversal de la Presa de Rialp, según proyecto de Juan Benet

Creo que Juan Benet es ante todo un ingeniero hidráulico ya que a ello dedicó la mayor parte de su vida, y sin duda ésta es la única razón que se me ocurre para mi presencia aquí, puesto que yo, desgraciadamente no lo traté de una forma estrecha y directa mas que en los últimos años de su vida, sin perjuicio lógicamente del seguimiento de su personalidad pública, como escritor conocido que era desde los años setenta.

No quiero seguir adelante sin pedir disculpas por indagar en el carácter de Juan Benet, por este atrevimiento, esta intromisión, teniendo en cuenta que aquí hay personas, fundamentalmente Blanca Andreu, sus hijos, que naturalmente lo conocían profundamente y, por supuesto, muchísimo mejor que yo. Pero sea de una manera u de otra, me gustaría referir en primer lugar y con esto no establezco ni prioridades ni jerarquías, a una cualidad suya que a mí me parece magnífica, que era su entusiasmo, aunque algunos preferirían pensar que es arrogancia, y que sin duda era tanto más meritorio, a mí modo de ver, cuanto que era una compensación interna de una cierta timidez, que creo que tenía, y de un pesi-

mismo bastante radical; un pesimismo, que por otra parte creo que está en el substrato de sus mejores novelas.

Pero fue precisamente ese entusiasmo el que le llevaba a intervenir en las tareas más variopintas y más dispares, aunque todas unidas por un cierto hilo conductor; por ejemplo, recuerdo a vuela pluma que en el año 1975 promovió la edición de un clásico de la política hidráulica, precisamente "La Política Hidráulica" de Joaquín Costa, como número uno de la colección de Ciencias, Humanidades e Ingeniería del

**Ese afán
de buscar nuevos caminos
le llevó a hacer
planteamientos nuevos
y diferentes de esa política
hidráulica que tanto
necesita España,
y a intervenir
en proyectos avanzados,
como la presa de Rialp**

Colegio de Caminos; y en septiembre de 1991, si no me falla la memoria, cuando yo estaba recién incorporado al puesto, recuerdo el discurso magistral que hizo en la inauguración de unas jornadas muy especializadas de hidráulica que hubo en Madrid, y en el que hizo una narración verdaderamente bellísima de una legendaria civilización semihistórica, semificticia, arábiga, que se había sumido en la ruina total porque progresivamente había ido perdiendo sus recursos hidráulicos; o en el año 1992, en el verano, promovió y codirigió el primer seminario de política hidráulica que se hizo en la Universidad de Menéndez y Pelayo, que luego ha tenido una continuidad; o, llevado de ese mismo entusiasmo, me atrevo a recordar que hasta pocos días antes de su muerte anduvo revisando esa última edición de, probablemente, una de sus mejores novelas, "Saúl ante Samuel", caracterizada precisamente por un terrible pesimismo.

Hay otra segunda virtud que me gustaría destacar que es su profesionalidad, su rigor, su exigencia permanente de trabajo frente al conformismo; otros preferirían llamarlo intolerancia o desprecio, pero



Presa del Porma

creo que en realidad era fruto de un ejercicio, de un esfuerzo permanente, de los cuales nacía un convencimiento profundo de que él seguía el camino que verdaderamente creía que debía seguir; un camino que no suponía la negación de otras opiniones u otras opciones, como, por ejemplo -y creo que todos lo recordamos, pues fue diatriba famosa en 1970- la de los que preferían el Joyce analítico, frente al Faulkner, que él admiraba tanto, sintético; o en otro terreno, las opiniones de aquellos que estérilmente se empeñan en enfrentar, como si fueran algo incompatible, el aprovechamiento de las aguas superficiales y las aguas subterráneas; o las de aquéllos que creen que un trasvase es algo atroz, que no debe hacerse bajo ningún concepto y que no hay nada que lo justifique.

Pues bien, creo que gracias a ese convencimiento de hallarse en el camino que verdaderamente debía seguir logró construir una de las obras literarias más completas españolas de este siglo; y gracias también a ello logró dedicar la otra mitad de su vida a la ingeniería hidráulica, una dedicación en la que caben la construcción de más de media docena de presas, El Vellón,

Porma, Moralets, Santa Eugenia, etc, de varios tramos del Acueducto Tajo-Segura, el proyecto de otras tantas presas por lo menos, su trabajo permanente como vocal del Comité Nacional de Grandes Presas, y toda una serie de informes, estudios y escritos dedicados a todos los aspectos de la ingeniería hidráulica.

Hay una última cualidad que yo llamaría imaginación y odio a la rutina, que otros preferirían decir que era frivolidad o snobismo, pero que en realidad creo que era un decidido empeño de abrir nuevos caminos, sin el cual no hubiera llegado a

El MOPT decidió dar el nombre de Juan Benet a la Presa del Porma

ejercer ese estilo literario tan personal, innovador, minucioso y tan coherente que en la revista "El Critico" que he leído recientemente, y que por cierto recomiendo, dedicada monográficamente a Juan Benet, incluso se dice que no hay en todo el siglo español, salvo Valle Inclán, alguien que tuviera un estilo con tanta fuerza y personalidad propia. Y es ese mismo empeño renovador, ese afán de buscar nuevos caminos el que le llevó a hacer planteamientos nuevos y diferentes de esa política hidráulica que tanto necesita España, y que le llevó a intervenir en proyectos avanzados, como la presa de Rialp, una presa que como todos sabéis es una de las mayores del mundo de hormigón compactado; o que le llevó también a buscar posibilidades, que por muy discutibles que fueran, pues era la posibilidad de compensar hidrológicamente el Tajo y el Guadiana.

Por todos estos motivos el Ministerio de Obras Públicas decidió en su momento dar el nombre de Juan Benet a una presa, una presa que no podía ser más que la presa del Porma; la resolución administrativa en la que se aprobaba este cambio de nombre ya fue firmada antes del verano, y por

consiguiente, administrativamente, en este momento la presa del Porma se llama ya presa de Juan Benet.

Sin embargo, quiero anunciar que en la próxima primavera, porque antes es imposible teniendo en cuenta la ubicación del embalse, el Ministerio organizará allí un acto de homenaje en el que se descubrirá una placa, y en el cual invito desde ahora a todos los presentes.

Creo que resulta difícil imaginar, un sitio mejor que la presa del Porma que simbolice ese doble quehacer que venimos comentando de ingeniero y de escritor de Juan Benet. Juan Benet, como sabéis, intervino en aquella presa como constructor, como contratista, y en aquellas tierras del norte de León fue donde él localizó ese escenario mítico de Región, y fue allí, y desde aquel momento, que pasó a incorporarse a todo ese catálogo de escenarios míticos que está en alguna de las mejores obras literarias.

Para terminar, y puesto que estamos en el Colegio de Ingenieros de Caminos, permitidme que diga que no nos envanezcamos tontamente de que ha habido un ingeniero tan genial como Juan Benet. Recordemos que esa genialidad se construyó sobre la base del entusiasmo, del trabajo, del rigor y de la exigencia permanente. Y recordemos también, como se dice en esta revista que he recomendado antes, que el camino de Juan Benet fue también un camino de soledad, y que la soledad es patrimonio de los heterodoxos. Y por ello quiero cerrar mi intervención recordando a Juan Benet como lo llamó y describió Pepe Saenz de Oíza - que fue codirector con él del Seminario de Política Hidráulica a que antes me refería-, parafraseando a Menéndez y Pelayo que "Juan Benet era el



Juan Benet, Colegiado de Honor. 1987

más elegante de nuestros heterodoxos", porque efectivamente, también fue un hombre, a mí modo de ver, de una enorme elegancia material, física, espiritual y moral. Muchas gracias.

La muerte de Juan Benet nos ha dejado a todos sin un gran ingeniero y a todos los lectores sin un gran escritor, y a los que éramos amigos suyos sin un gran amigo

Muchas gracias Adrián, creo que todos nos felicitamos por esa iniciativa del Ministerio de Obras Públicas, de dar el nombre de la presa del Porma a Juan Benet. Y seguro que os acompañaremos en la próxima primavera.

JAVIER MARIAS

Antes de nada quisiera dar las gracias al Colegio de Ingenieros por su invitación a este acto. Recuerdo haber estado una vez más en esta sala justamente con ocasión de la conferencia que dio Juan Benet cuando fue nombrado Colegiado de Honor, cosa que -me acuerdo muy bien- le enorgullecía enormemente.

Juan Benet supongo que también debió tener discípulos en el campo de la ingeniería, yo desde luego soy uno de sus discípulos literarios, mejor dicho él fue mi maestro, y lo digo no sólo en un sentido general y rimbombante, sino también en un sentido literal y artesanal. Habida cuenta de que lo conocí siendo muy joven, con dieciocho años, tenía por costumbre darle mis propios libros antes de publicarlos y digamos que su opinión era la que desde el principio, desde que empecé a publicar, la que más me importaba. En un momento dado, supongo que para convencerme de que había ganado la mayoría de edad, dejé de dárselos en manuscrito, pero aunque se los pasara ya impresos, no por eso dejaba de ser su juicio y su opinión lo que más me importaba e interesaba. Recuerdo, que aparte de comentar lo que le había parecido el libro en general, - que normalmente lo hacíamos por carta aunque estuviéramos en la misma ciudad, al igual que yo lo hacía con los suyos- hacía co-

mentarios textuales e incluso de tipo técnico. Estos comentarios me han ayudado enormemente; y si hoy en día sé resolver algún problema técnico-literario no cabe duda de que el ochenta por ciento se lo debo a las enseñanzas de Juan Benet, tanto como escritor, al leerle, cuanto como amigo cuando me leía a mí.

Creo que una de las cosas que tenía Benet era una enorme precisión en cuanto a su escritura, y en parte me imagino que eso venía también de su formación científica e ingenieril.

También tenía, como sucede con cualquier escritor, fobias y manías, que sin embargo siempre solía justificar y explicar. Recuerdo que me enseñó a desconfiar, por no decir a detestar, algo que él detestaba, los infinitivos sustantivados. Siempre decía que era preferible el sustantivo correspondiente, que no decir por ejemplo, “el oscilar de las ramas” sino “la oscilación de las ramas”, “el atreverse a algo” sino “el atrevimiento a algo”, o “aquel desear estar vivo” sino “aquel deseo de estar vivo”.

Recuerdo que hacía, sin embargo, una excepción, y decía, quizá se puede decir “el mecerse de algo”, de la cuna, o de lo que quiera que sea porque según el diccionario el sustantivo correspondiente no es como debería ser oportuno y deseable, “mecimiento” sino que el sustantivo es “meceadura”, lo cual se parece demasiado a metedura, y metedura no hay más que la de pata. También detestaba algunos adjetivos que le parecían inútiles o enteramente improcedentes para calificar nada, por ejemplo el adjetivo “espeso”; decía, cómo se puede decir de algo que es espeso, eso es como decir no absolutamente nada. Y en un ocasión, ya digo que él tenía la generosidad y la paciencia a veces de hacerme comentarios textuales, recuerdo que me echó abajo una frase por la utilización de un adjetivo, la frase decía así: “Era la hora imprecisa y variable en que los perfiles de los edificios fuliginosos adquieren en las ciudades una aureola de cárdeno, mientras la masa inmóvil y recortada del firmamento conserva todavía intacta su negrura”. Lo que le molestaba no era en modo alguno

“fuliginoso” (al contrario, decía, sí, a las ciudades siempre les viene bien un poco de hollín y recordar sobre todo que lo hay), sino lo que a su modo de ver arruinaba la frase era el adjetivo “cárdeno”. Y recuerdo que decía, ¿y por qué cárdeno?, ¿has visto tú alguna vez algo de color cárdeno? ¿dime alguna cosa en el mundo que sea cárdena?, y recuerdo que añadía: de hecho es un adjetivo taurino y los adjetivos taurinos son algo que lo único que logran es hacer la prosa castiza y provinciana y hay que evitarlos a toda costa.

También recuerdo sobre todo una ocasión, - la menciono sobre todo porque algo tiene realmente de ingenieril-, en la que durante toda una cena me torturó para decirme con la mayor elegancia, que una de mis novelas le había gustado. Y en esa ocasión recuerdo que estaba presente Blanca Andreu y alguna otra persona amiga, empezó por decirme: “Bueno, pues esta novela, sí, está bien, lo que pasa es que has cometido un error descomunal, realmente imperdonable en este libro y claro, pues el libro ya no es lo que podría haber sido”. Yo Empecé a aterrarme, porque cuando alguien es el maestro y uno considera que su juicio es el más importante ante la aparición de un libro nuevo, pues bebe las palabras; y empecé a pensar que me iba a poner algún reparo en la estructura, en la concepción, me va a decir que estilísticamente es horrendo, y dijo: “Hay un problema gravísimo porque hay un momento en el cual tu hablas de un puente ferroviario”, y era la única nota que llevaba en un papelito anotada, “un puente ferroviario” y luego hablas y lo describes de la siguiente manera: “El ancho río de aguas azules, quebrado por el largo puente de hierros diagonales entrecruzados” decía: “y claro, esto no puede ser porque, cómo no te has dado cuenta de que este puente es”, y lo siento mucho, no recuerdo exactamente qué fue lo que dijo, pero dijo algo completamente incomprensible para mí, pongamos que dijo, y discúlpennos ustedes señores ingenieros que sabrán mejor que nadie que tal cosa es imposible, pero digamos que dijo que eso era un puente de vigas pudeladas de mispique a leberquisa” “Y claro si hubieras dicho que esto era un



puente de vigas pudeladas de mispíquel a leberquisa, pues claro, la novela habría sido muy otra, y cuánto no habría ganado esta novela si hubieras dicho esto". Y yo decía " Bueno, pero esto es un poco difícil, yo no... ¿Pero cómo no te has dado cuenta de que es esto, porque este puente yo veo perfectamente como es, este puente es así y asau, y este puente es un puente de vigas pudeladas de mispíquel o liberquisa y no esto que dices tú de hierros diagonales entrecruzados, que esto es como no decir nada." Y bueno avanzaba la cena y yo de vez en cuando le decía, bueno pero y el resto del libro y en fin no sé... "Bueno el resto del libro, qué lástima porque claro, este libro, verdaderamente si hubieras dicho esto otro..." Y llegaron los postres y yo le insistía y le decía "Bueno pero, en fin no sé, los personajes, y esta escena, algún diálogo..." "Sí, no, los diálogos, los personajes, no, sí, bien...claro, pero qué torpe eres, me decía, pero cómo no te has dado cuenta de que esto es, de que esto era un puente de vigas pudeladas mispíquel o liberquisa" Y así durante toda la noche sin decir absolutamente nada del libro, aparte de este error descomunal que a su juicio había convertido el libro en otra cosa de la que sin duda podía haber sido. Hasta que finalmente, llegado el café o incluso la hora de la copa se quedó así pensando y dijo: "Bueno, la verdad, este puente que tu has dicho, porque este puente es así" y sacó un papel y lo dibujó. Y dibujó exactamente el puente que, en efecto, yo había imaginado, y dije, "Sí, sí, este es el puente". Y dijo: " Bueno pues mira la verdad es que si lo he dibujado y el puente es este pues quizá a pesar de que lo dices fatal, y lo dices con esta cosa absurda, si yo he logrado saber qué puente es, quizá habrá que pensar que no está tan mal dicho." Y no añadió nada más, esa fue la manera que tuvo de elogiarme aquella novela.

Y yo, ahora, ya lo único que puedo decirles para concluir es que la muerte de Juan Benet, de la que se cumplen nueve meses, por supuesto nos ha dejado a todos sin un gran ingeniero y a todos los lectores sin un gran escritor, y a los que éramos amigos suyos sin un gran amigo. Pero a mí, como escritor, además me ha dejado

Juan Benet fue un hombre que nos dio a los escritores una gran lección de ingeniería

sin alguien que me diga que la bondad de un libro mío depende del mispíquel o liberquisa. Gracias.

Muchas gracias, Javier, por esta semblanza ingeniero-escritora de la figura de Juan Benet que tan bien le define.

EDUARDO MENDOZA

Ante todo, muchas gracias por la invitación que el Colegio de Ingenieros me cursó para estar presente en este acto de homenaje a Juan Benet. Yo acepté venir y lo hice encantado, pero a medida que se ha ido acercando el día he ido sintiendo más hasta qué punto el recuerdo oficial de Juan Benet me resulta todavía tremendamente doloroso. Es más, me he dado cuenta de que este acto era penoso porque me obligaba a replantearme otra vez la figura personal de Juan Benet, la que había ido tratando de marginar un poco de mi pensamiento para aliviar seguramente el dolor de la pérdida, y había estado volviendo en cambio a sus libros, relejendo partes de su obra, quizá con un deseo inconsciente de convertirlo en un personaje literario, en un autor clásico que no tuviera nada que ver con mi vida personal.

Sin embargo, este acto me ha servido para remover estos aspectos afectivos y es-

ta es una razón más por la que agradezco que se haya producido y que se me haya invitado a participar en él.

Es verdad, el hecho de que Juan Benet fuera ingeniero, para nosotros que lo conocíamos desde el lado de la literatura, nos parecía algo muy chocante. No conozco muchos casos de escritores que tengan al mismo tiempo una profesión de esta envergadura, y que, además, la desempeñe cotidianamente. La mayoría de los escritores tenemos alguna profesión distinta de la literatura, pero casi siempre la ejercemos a regañadientes, convencidos de que es un simple medio de ganarnos la vida, y a sabiendas de que en el fondo lo que querríamos sería ser escritores y nada. También es cierto que muchos escritores hemos hecho una carrera universitaria, incluso alguna de cierta complejidad, como la de medicina, pero quienes han hecho este tipo de carreras, rara vez las ejercen o lo hacen de una manera muy tenue. Debo admitir que en muchas ocasiones, cuando le veía adoptar su personalidad de ingeniero, no podía sustraerme a la impresión de que me estaba tomando el pelo. Esta sensación venía reforzada por el hecho de que Juan Benet, que era un hombre extraordinariamente inteligente, culto y, por añadidura, sabio, tenía la inveterada costumbre de tomarme realmente el pelo.

Haré constar, sin embargo, que el que siempre alardeaba conmigo de sus conocimientos técnicos, era sumamente tímido y discreto cuando hablábamos de literatura, cosa que hacíamos muy pocas veces.

En cambio, era muy aficionado, como digo, a discursar sobre cuestiones de ingeniería en los términos más pintorescos. Recuerdo un viaje a Roma, en el que coincidimos y en el que estaba también Manuel Vicent. Paseando por Roma nos iba mostrando los edificios de la ciudad e insistía en que no debíamos prestar atención a la Italia renacentista, que carecían de interés desde el punto de vista técnico. "Estos palacios y estas iglesias son muy feos", decía, "por el contrario, fijaros en las obras romanas, qué interesantes son; mirad esta viga, qué bien puesta está". Más tarde



comprendí que bajo este discurso anecdótico, en parte debido a su profunda timidez y en parte por creer que si utilizaba otros términos no iba a ser debidamente entendido o iba a pasar por presuntuoso, había una idea central, una constante de su pensamiento. Esta idea, como acaba de decir Javier Marías, es que debe practicarse la literatura como se practica la ingeniería, es decir, con un absoluto sentido de la responsabilidad. Los que practicamos la literatura y no la ingeniería caemos a menudo en la tentación de creer que en literatura todo vale, que se puede escribir cualquier cosa, porque literatura, en el fondo, sólo son letras sobre papel. Juan Benet, a su modo venía a decirnos insistentemente, que en literatura, en arte, en música, no hay nada que se puede hacer con la irresponsabilidad que da el pensar que nada importa, y que hay que ser tan consciente y responsable del propio trabajo cuando se escribe una novela como cuando se diseña, calcula y construye una presa; que hay que

calcular la estructura, la resistencia, la funcionalidad y el comportamiento de los materiales; y también asumir los riesgos. Pero nos lo decía de la forma pintoresca que he contado, porque habría estado reñido con su arraigado sentido del pudor darnos lecciones, porque en aquello que verdaderamente le importaba era incapaz de hacer afirmaciones rotundas, y porque se divertía sobremanera escenificando el personaje que nosotros podíamos asimilar la personas del ingeniero.

Creo que Juan Benet fue un hombre que nos dio a los escritores una gran lección de ingeniería, que deberíamos esforzarnos por aplicar todos los días. Muchas gracias.

Muchas gracias Eduardo por tus palabras y por el esfuerzo que sé que has hecho para estar aquí presente esta tarde. Somos nosotros los que estamos agradecidos por tu presencia.

JOSE ANTONIO FERNANDEZ ORDOÑEZ

Cuando Juan Benet murió, Enrique Pérez Galdós me llamó a Menorca. Lleno de melancolía, salí a dar un largo paseo sobre los farallones de marés que él amaba. Atravesando los potentes estratos calizos, vi su figura emerger como una señal indeleble, como un diapiro. Hace años Juan había venido a Menorca a conocer la maqueta de La Esfera Armilar que estábamos construyendo y por la que sentía curiosidad. La isla era para él como un gigantesco portaaviones geológico y el monte Toro, su torre de mando.

Juan era insobornablemente independiente en sus juicios. Poseía una rigurosa sagacidad y una extraordinaria capacidad de percepción. Además era bueno, generoso y leal. Nunca entendí su fama de antipá-

tico, si bien es cierto que despreciaba cualquier acto indigno o cualquier ejemplo de vileza humana, y que no soportaba ni la suficiencia ni la injusta fama literaria. Juan era lo más alejado del aurea mediocritas.

Tanto en la política como en la literatura, nunca faltó quien le acusase de mantener opiniones contradictorias, provocadoras, elitistas o exageradas, en suma, inciertas. Pero —mejor lo diré con palabras de Ortega— “el escritor propiamente tal, no ha venido a este mundo para pensar con acierto, sino para hablar acertadamente, o como los griegos decían, para εὐλεγεῖν para hablar bien ... lenguaje y pensamiento están —en el pensador y en el escritor— en relación inversa. En el escritor, el lenguaje ocupa el primer término, como corresponde a lo esencial. Los pensamientos quedan al fondo, lo mismo que el humus vegetal es fondo y sustento para la gracia esencial de los florecimientos.... El escritor no se siente —no debe, no puede sentirse— solidarizado con lo que dice, esto es, con los pensamientos que expresa”.

Quizá Juan —con la precisa utilización de cada palabra— sea hermético en sus textos literarios, como dicen los críticos. Pero, ¿no es acaso su lenguaje un hermoso y brillante alivio frente a la inundación de expresiones y de palabras que incesantemente son vaciadas de sentido, vulgarizadas y envilecidas? Ciertamente, Juan Benet anduvo, sobre todo en la literatura, “por mares nunca d’antes navegados”, como dice Camoens de Vasco de Gama.

Aunque su literatura tenga mucho de misteriosa, al menos para mí pertenece a un mundo presentido, esperado. Y desde mi punto de vista de profano, pero incesante lector, las limitaciones en Benet son tan evidentes como sus perfecciones. Y son los escritores donde no se ven ni unas ni otras, los que no me interesan nada.

Tenía Juan Benet, una especial manera de percibir la realidad, una visión irónica de lo solemne, y sobre todo, de su lado ridículo. Y como Cervantes —quien publicó su primer libro a los 36 años de su edad— también Juan publicó tarde “Nunca llega-

**Al ingeniero le ha tocado
“corregir los numerosos
errores de la naturaleza,
enseñarle a comportarse
de una manera civilizada
y, si a mano viene,
martirizarla un poco,
para que nunca olvide quién
es su verdadero amo”.**

Juan Benet

rás a nada”, cumplidos los 34 años, y su segundo libro “La inspiración y el estilo” a los 39 años de su edad. Quiero decir con esto que en sus obras literarias, desde la primera, hay un saber de experiencia —como dicen en China— un conocimiento que no es el usual, un saber especial que quizá se genere como dicen allí de una fusión o armonía de cosas opuestas, de parejas contradictorias que habitaban en él: la geología y la pintura; la horizontalidad de los canales y la verticalidad de la torre de Babel, el túnel y la luz, es decir, la ingeniería y la literatura. Porque Juan Benet fue educado para ambas cosas, para realizar acciones y para pronunciar palabras. Su vida es un equilibrio entre estos impulsos antagónicos, un pacto entre contrarios. En Benet no sólo encontramos los ingenieros nuestra hermana inseparable —la gravitación— sino también su pareja fantástica: la levitación.

Como ingeniero, a mi me gusta recordar un texto del libro “El espejo del mar”, de Joseph Conrad, (prologado por Juan Benet y bellamente traducido por Javier Marías, que está hoy aquí con nosotros), y que podía haberlo escrito él: “Tal pericia, la pericia de la técnica, es más que honradez; es algo más amplio, un sentimiento elevado y claro, no enteramente utilitario, que abarca la honradez, la gracia y la regla, y que podría llamarse el honor del tra-

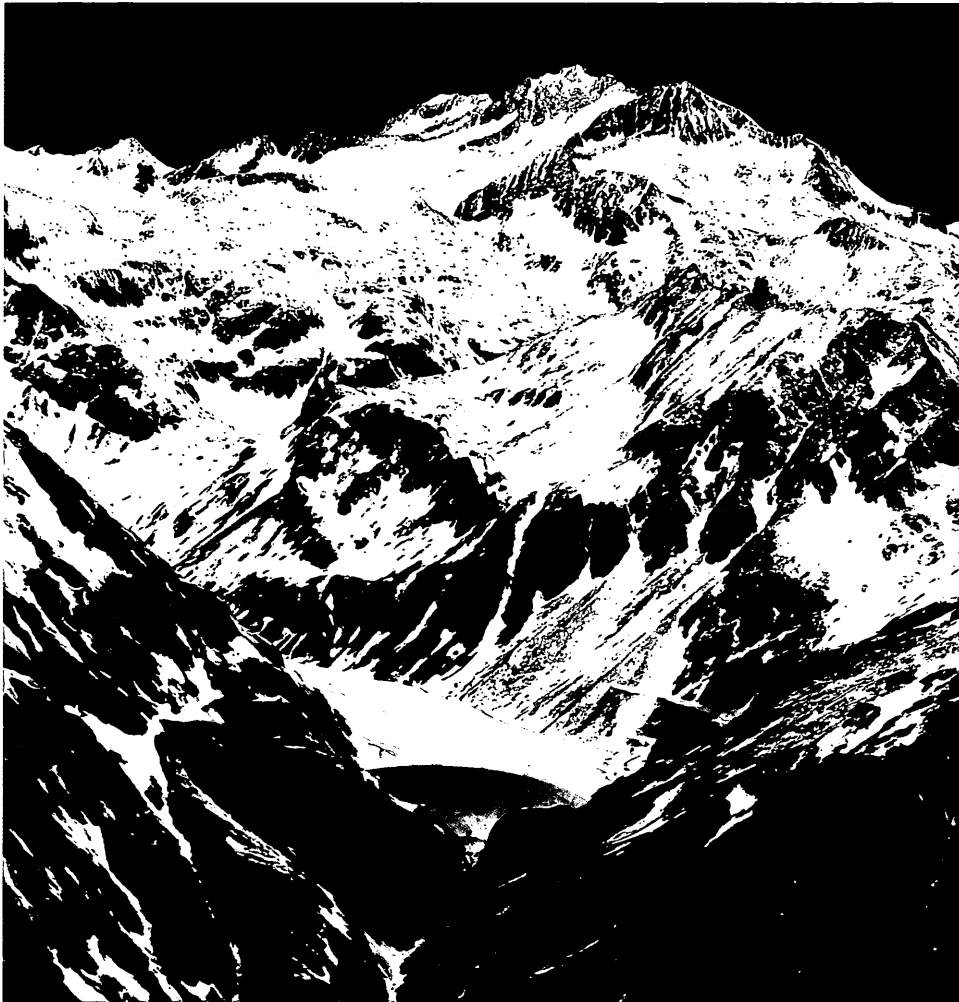
bajo. Está compuesto de tradición acumulada, lo mantiene vivo el orgullo individual, lo hace exacto la opinión profesional, y, como a las artes más nobles, lo estimula y sostiene el elogio competente”.

Dos palabras acerca de la actitud de Juan frente a los grandes trasvases. En este Colegio hay ilustres compañeros que defienden posturas contrapuestas. Como no soy hidráulico, no quiero —ni puedo ni debo— entrar en la polémica. Pero sí como mínimo afirmar que Juan estuvo a favor de las obras de ingeniería civil frente a una naturaleza injusta y despiadada. Benet no creía en la naturaleza benéfica de los románticos y de los ecologistas. Desconfiaba de una naturaleza que tan a menudo muestra su energía caprichosamente creadora y ciegamente destructora. La suya fue una actitud ilustrada, lo que hoy en día no es tan convencional como lo fue en la generación de nuestros padres.

Cuando Leandro Fernández de Moratín pasó por Despeñaperros en 1797, dejó escrito en sus notas de viaje un texto que podría haber firmado Juan Benet: “1 de febrero: Salimos a las cuatro y media. Gran frío subiendo las cumbres de Sierra Morena por el hermoso camino de Lemaur. Es increíble el placer que se siente al caminar tan cómodamente en medio de todo el horror de la naturaleza, peñascos desnudos altísimos que parece que a cada momento van a precipitarse, arroyadas profundas, malezas intrincadas. Todo es terrible y grande, y esto se goza desde un camino solidísimo, suave, espacioso, que facilita la comunicación de la mayor parte de España con la abundosa Bética, con el Océano y con la América vencida que envía por allí a su Príncipe sus ricos metales”.

O para decirlo mejor con las propias palabras de Benet: Al ingeniero le ha tocado “corregir los numerosos errores de la naturaleza, enseñarle a comportarse de una manera civilizada y, si a mano viene, martirizarla un poco, para que nunca olvide quién es su verdadero amo”.

La verdad es que en la primavera del 76, cuando fuimos a China en aquel viaje



Presa de Llauset

imposible de olvidar, no sabíamos casi nada de China, no sabíamos casi nada de nada, casi como ahora... El embajador chino me pidió que le diera los nombres de los compañeros que deseaba que me acompañasen al viaje. Juan no podía faltar. Cuando le llamé saltó de alegría. Lástima que no escribiera algún texto, tal como en principio deseaba, acerca de aquellas tres semanas, cuyas anécdotas —con Juan como inevitable protagonista— nos llevaría contarlas toda la noche. Quizá Clemente y Enrique, también compañeros de viaje aquí presentes, quieran referirse a alguna.

Es doloroso vivir sin Juan Benet. Las formas de la amistad, como las del dolor, son muchas. El mundo de la amistad es vasto y sin confín. La amistad crece incluso con la muerte, con un crecimiento dis-

tinto. Muñoz Rojas decía que “la amistad verdadera se enriquece con la muerte, más que en sus ramas, en sus raíces. Raíces hondas y pertinaces donde el recuerdo se hunde y nos devuelve en su rememoración lo mejor de los que perdimos”. Algo que estoy comprobando en mi relación con los tres amigos del alma que perdí el año pasa-

**“En el libro de un poeta,
nunca debe faltar
la palabra belleza”**

Juan Benet

do, casi a la vez, en pocos meses, y por este orden: Juan García Hortelano, mi hermano Paco y Juan Benet.

Juan se nos ha ido y se ha llevado todo lo que podría haber sido y escrito en estos años, pero nos ha dejado recuerdos y textos que nos acompañarán siempre. Nunca le olvidaremos, ni nosotros ni quienes nos sucedan. Su pervivencia está asegurada.

Muchas gracias José Antonio por tus palabras, y ese sentido recuerdo final de la amistad de Juan.

BLANCA ANDREU

Señor presidente, Señores colegiados:

Deseo aprovechar esta oportunidad que se me ofrece para agradecer al Colegio de Ingenieros no sólo el acto de homenaje que estamos celebrando, sino muchas otras cosas, como por ejemplo, la organización del funeral y el concierto en su memoria por remontarme aún más lejos, el que hace unos años lo nombrara Colegiado de Honor, distinción que supuso para él una enorme satisfacción, ya que tenía en mucho su profesión de ingeniero y sentía un gran aprecio por este Colegio.

He escrito para esta ocasión un texto que paso a leer a continuación, pero previamente desearía añadir un par de cosas que me han sugerido los comentarios anteriores.

José Antonio Fernández Ordoñez, en su intervención, ha comentado que Juan siempre quiso escribir sobre su viaje a China y en verdad llegó a escribir una frase donde explica la trascendencia de ese viaje. Dice textualmente en una carta fechada el 20 de febrero de 1993, que el viaje “hizo historia” en su vida. Quince años después lo seguía considerando algo completamente trascendental.

Los comentarios que ha hecho Javier Marías sobre Juan, como maestro literario me han hecho recordar el día en que él es-

taba leyendo mi último libro de poemas. Al llegar a un determinado punto dijo una frase muy bonita: "En el libro de un poeta, nunca debe faltar la palabra belleza", entonces tachó la palabra "esperanza" y la substituyó por "belleza".

También quiero hacer alusión a la primera parte del discurso de Javier Marías donde comenta lo exigente que era Juan con el lenguaje. Pido perdón a su memoria, porque como no está él para corregir mi texto acaso este lleno de anacolutos. Dice así:

Recuerdo, en estos días lluviosos de octubre, el amor que Juan sentía por las aguas vivas -sentimiento que tenía su origen en el lugar más puro y contemplativo de su ser -cómo le gustaba y de qué modo, cuando debíamos atravesar algún río, no se olvidaba de saludarlo por su nombre, diciendo por ejemplo: "Salve, padre Duero". De hecho la ingeniería y la hidráulica, cuando se divertía y estaba ocioso, le servían de acicate y le entretenían de un modo indiscutiblemente literario, entendiendo este término en su sentido más literal. Le complacía idear proyectos imposibles, por lo general de enorme magnitud, destructivos, como cuando planeó una presa fabulosa en un determinado punto del Danubio mediante la cual podía inundarse media Europa o cuando, irritado contra los Estados Unidos por la Guerra del Golfo, hacía cálculos para separar toda California del continente. En su opinión ambos proyectos aunque ambiciosos eran baratos.

Con motivo de este homenaje he recordado también cierto día en que por vez primera, lo acompañé en uno de sus viajes de ingeniero. Hace años de eso y sin embargo lo recuerdo como si fuera hoy.

- ¿A dónde vamos? le pregunté en cuanto subí al coche.

- Sólo tienes que saber que se trata de una coronación, me respondió.

Eso me interesó tanto que le inquirí para que me contara a quien iban a coronar y porqué.



- Mira esos montes, dijo desviando la conversación, Parecen de pana.

La comparación me dejó pensativa hasta que llegamos al lugar de la acción, una gran hondonada entre los picos pirenaicos donde se levantaba "la que iba a ser coronada", una inmensa mole semejante al pectoral de un barco en dique seco, hercúlea como una gigantesca mano alzada, redondeada y grávida. Era la presa de Llauset. Cuando se colocó el primer diamante de la corona, que no era sino un hermoso bloque de hormigón, se organizó una alegre fiesta en la pradera que allí había, y en tanto se asaban los corderos y unos hombres jugaban al balón pie, Juan me impartió una de sus lecciones magistrales. Me explicó que consideraba la ingeniería superior a la literatura por cuanto no se trataba de una labor individual sino de equipo, porque ignoraba la vanidad de la firma y porque servía para subsanar los errores que la naturaleza, en su prodigalidad, había cometido.

Todo esto me lo fue contando con gran convicción mientras paseábamos por aquel prado, aunque en honor a la verdad debo añadir como colofón a estas notas que cuando aleccionaba sobre literatura, mejor dicho, sobre determinadas piezas artísticas sin parangón, literarias, musicales o pictóricas, podía sostener lo contrario sin el me-

nor rubor. Y ello, en mi opinión, era así porque en él se hallaban unidos con increíble naturalidad el racionalismo más técnico, matemático y abstracto junto con la más inspirada voluntad de estilo. En palabras de Shakespeare que ahora me vienen a la mente, "Nunca espíritu más raro sirvió de piloto". Por eso sus ideas resultaban tan originales y paradójicas o, por decirlo con una palabra benetiana, paradoxales.

Quiero concluir mi intervención con otra frase de Shakespeare, que a Juan le gustaba recitar y que de cuando en cuando aparecía en nuestra vida como una coda. Es una frase de la obra "Antonio y Cleopatra" que la reina de Egipto, mujer acostumbrada a tratar con personas majestuosas y que entendía de ello, le dice, en la escena segunda del acto quinto, a un amigo de César en un parlamento que habla de la grandeza de Antonio. Cuando Juan la declamaba siempre me hacía pensar que había sido escrita para definirlo a él. Dice así: "Y en cuanto a munificencia no conocía el invierno". Muchas gracias.

Muchas gracias Blanca, porque a pesar de la emoción que indudablemente te llena y que nos llena a todos has sabido expresar en unas "bellísimas", por emplear el concepto de Juan, palabras.

VICENTE MOLINA FOIX

Yo querría titular estas palabras -si es que los recuerdos un poco desordenados que voy a tratar ahora de contar merecen título- "Juan Benet, Ingeniero Civil". El término Civil en la ingeniería y en la arquitectura es utilizado en castellano, pero no así habitualmente para definir al Ingeniero de Caminos, que se llama más bien de esta otra forma. En inglés, civil engineer es el Ingeniero de Caminos, y a mí siempre me gustó más esa forma, Juan que era un gran anglófilo me permitía la pedantería de rectificar su profesión llamándole Ingeniero Civil.

Cuando conocí a Juan en el año 1968, tenía una idea bastante mítica de lo que era ser Ingeniero de Caminos, entonces aún no había llegado a la determinación de llamarlo Ingeniero Civil, entre otras razones porque entonces aún no sabía inglés. Tenía una idea, como digo, un poco mítica porque mi propio hermano mayor lo es, aunque no ejerza desde hace muchos años, y yo bastante más pequeño que él, tenía el recuerdo en casa de la dificultad de esos estudios y de lo privilegiado que uno era terminando la carrera de Caminos. Y esta carrera la asociaba a una habilidad casi milagrosa, titánica, para las matemáticas y para el dibujo. Pero no sabía muy bien para qué servían estas dos disciplinas aplicadas conjuntamente a algo. Entonces conocí a Juan Benet, y naturalmente le conocí por la literatura y no por la ingeniería, pero poco después de conocerle, yo creo que año y medio después tuve la primera oportunidad de ver al Juan "ingeniero" en su salsa. Después a lo largo de la amistad de muchos años, uno no podía evitar darse cuenta de que Juan Benet era Ingeniero de Caminos antes y después escritor, aunque como escritor sea para mí y para otros muchos el indiscutible número uno de la literatura moderna española. No sé si será el número uno de la ingeniería moderna española pero en cualquier caso él siempre anteponeía con una cierta coquetería claro está, esta categoría a la otra.

Esa oportunidad surgió porque fui con él y con un grupo de amigos -una amiga mía y la primera mujer de Juan Nuria Jordana y sus hijos, los cuatro, algunos hoy aquí presentes con nosotros y entonces aún muy niños, a visitar en un día casi excursionista la presa del Atazar. Yo entonces, vi por primera vez la construcción de una presa y pude ver también ese orgullo que han evocado aquí, por otros, sin duda, mejor que yo, el orgullo de Juan al ver el asombro de gente mucho más joven y absolutamente profana en la materia ante esa magnífica construcción civil que se estaba haciendo allí y sobre la cual Juan hacía explicaciones que para gente de letras como yo eran muy abstrusas, casi tan abstrusas como la frase de Javier Marías, pero de una gran belleza por el peso de la palabra.

La segunda experiencia viajera e ingenieril con Juan Benet fue una excursión de varios días, para visitar la presa pirenaica de Llauset, que estaba entonces en construcción. Fue un viaje memorable para Juan, que lo recordó después muchas veces a lo largo de los años pasados, y sin duda para mí y para Jaime Salinas, que me acompañó desde Madrid hasta Lérida donde Juan estaba al pie de la obra.

Fue un viaje en el cual pudimos disfrutar mucho de la parte digamos ingenieril, porque al contrario que la excursión dominguera del Atazar este fue un viaje con detalle en el que Juan nos enseñó muchos de los trucos del oficio, de los intrínquilos de la obra que se estaba entonces edificando. Pero que también fue memorable, como lo era todo viaje con Juan, pues él ampliaba horizontes con su conocimiento variado que iba desde la arquitectura y la evocación literaria del paisaje hasta la venta donde se tomaban las mejores chuletas de la zona. En este caso el viaje estuvo dominado por dos cosas inesperadas y que a Juan le llamaron mucho la atención posteriormente. Una es que el coche en el que hacíamos el viaje (no se sabe cómo, ya que Juan, que era un gran melómano, nunca tuvo entre sus preferencias la ópera italiana) había un cassette de La Traviata de Verdi. Como las horas de conducción entre Madrid y Lérida y después por todo el Pirineo

y de regreso a Madrid eran largas, no tuvimos más remedio que escuchar muchas veces La Traviata, y especialmente Juan quedó muy prendado de un aria, el aria que el padre del protagonista, Alfredo creo que se llama, canta para ganarse la comprensión de Violeta y convencerla de que deje a su hijo, dado que ella es una mujer de la vida. Es un aria un poco lacrimógena en la que el padre se presenta a sí mismo como "il vecchio genitor" que ha venido hasta la casa de ella para convencerla de que deje a su hijo. "Il vecchio genitor" fue una frase hecha entre nosotros a lo largo de los años. En un momento dado del viaje llegamos al Parador del Monte Perdido en el Pirineo, donde hicimos noche. Habíamos cenado estupendamente porque Juan había indicado antes de llegar al Parador una venta en el camino, perdidísima, que por fuera tenía un aspecto deplorable y por dentro tenía una comida exquisita. Después llegamos al Parador ya tarde; recuerdo que Jaime Salinas se retiró a su habitación y Juan y yo dimos un paseo en la noche de invierno, muy agradable, por los alrededores. Y entonces nos sucedió algo extraño: tuvimos los dos, en el mismo momento (y simultáneamente, mirándonos a la cara extrañados nos lo comunicamos sin decir nada), una extraña sensación natural, por no llamarla sobrenatural, como un vahído, una pérdida de la cabeza.

Juan, que era un enemigo decidido de la poesía y sobre todo de la poesía romántica de gusto telúrico, mirándome a mí totalmente escandalizado de sí mismo me dijo: "Te das cuenta, en este viaje no he hecho otra cosa que contradecirme, oyendo ópera italiana y ahora, ya ves, ebrio de naturaleza".

El tercer viaje, el más largo y el más reciente, fue uno que hicimos también con Jaime Salinas y en ese caso con la presencia de Blanca Andreu, su segunda mujer, a la presa gallega de Santa Eugenia, cerca de Corcubión que era, entre sus construcciones ingenieriles quizá la presa, la obra de la que más orgulloso le ví. Recuerdo la descripción cuando la visitábamos del color rojizo de la tierra que se había estado excavando para la obra; él decía que había

sido la obra más difícil de ejecutar por su lucha contra la naturaleza, en aquella zona cercana al mar. Pero también, como toda experiencia vivida con él, aunque estuviera presidida por la obra de ingeniería, no puedo olvidar otros momentos del viaje como una visita, un recorrido que hicimos por la Costa de la Muerte en un día muy lluvioso en el que la niebla en aquella zona tan neblinosa de costumbre, y era más espesa. A medida que avanzábamos por la carretera, Juan muy excitado



me anunciaba, con ese dominio en el arte de crear expectativas que también Javier ha definido antes al hablar del párrafo de su novela, me decía: "ahora vas a escuchar la cosa más hermosa del mundo", y yo, mientras seguimos lacarretera tortuosa al lado del mar pensaba que se referiría quizá al ruido mismo del mar dando contra el acantilado, a la lluvia en fin, no se me ocurría qué. Juan insitía: nada, olvídete, ni Schubert en el quinteto póstumo, ni la mejor composición de Beethoven, ninguna de esas óperas que a tí te gustan, ha podido lograr un sonido tan misterioso y al mismo tiempo tan humano en su absoluto alejamiento de la expresividad humana. Llegamos al final a un lugar de la carretera donde paró el coche y, en efecto, entonces escuché un grito porque realmente era una especie de grito, desgarrador y al mismo tiempo armónico, que era la sirena que anuncia desde el faro de Finisterre la niebla a los barcos que navegan por allí. Juan recuerdo que me decía si yo pudiera alguna vez en una página describir ese ruido, ese sonido que hace la sirena, me daría por satisfecho.

En todos esos viajes que he querido aquí brevemente evocar, me afirmé en el convencimiento de que las palabras inglesas "Ingeniero Civil" a Juan Benet le cuadraban estupendamente, porque no solamente las obras civiles que había construido están ahí y probablemente haciendo una labor importante en este país, sino porque

realmente a todos los que en esa ocasión o en otra estábamos a su alrededor viajando o visitando lugares lo que Juan daba era una completísima (no únicamente técnica, sino desde todos los puntos de vista), una completísima lección de civilización; y en ese sentido me parecía la persona no solamente más civil sino el ingeniero más civilizado posible. Muchas gracias

Muchas gracias Vicente por tus palabras que nos van acercando cada vez más a la figura humana del propio Juan. Y efectivamente nosotros hoy día también nos llamamos a nosotros ingenieros civiles pero si nos lográsemos llamar ingenieros civilizados habríamos dado un enorme paso.

ENRIQUE PEREZ GALDOS

En este acto de homenaje a Juan Benet, durante el cual están siendo evocadas muchas facetas de un temperamento tan complejo como el suyo, sólo quiero tratar de recordar al Juan que viví de cerca en el ámbito profesional; años que me permitieron conocerle como ingeniero y compañero de trabajo, y que además me depararon su amistad.

A principios de los años sesenta, realicé prácticas como estudiante en la presa del Porma. Allí trabajé bajo la dirección de

Juan Benet, quien me había sido presentado por nuestro jefe Pablo García Arenal. El desarrollo de aquella obra marcó en gran medida la carrera de Juan como ingeniero y escritor. Su magnitud, la geología de la zona y su paisaje, fueron ingredientes fundamentales para la creación literaria de "Región".

Juan ya había actuado antes como director de obra en los canales de Cornatel y Que-reño, pero fue en la presa del Porma donde se fraguó definitivamente su vocación hi-

dráulica. Puedo mencionar las presas del Vellón, del Atazar, los túneles del trasvase Tajo-Segura, la presa de Bujeda, los altos del Villalcampo y de Moralets, y las presas de Llauset y Santa Eugenia entre las obras más importantes en las que participó Juan.

Estas grandes construcciones hidráulicas reflejan las virtudes de un ingeniero de excepcional inteligencia cuya aguda intuición le permitió afrontar grandes retos profesionales en solitario. De hecho, le gustaba el riesgo de las obras difíciles desde el punto de vista del constructor. Nunca le interesó moverse profesionalmente dentro de los estrictos cánones de la administración, e ironizaba sobre la rígida disciplina de las grandes organizaciones empresariales que, entre otras cosas, obligan a sus empleados a madrugar, algo que detestaba Juan a quien no se le podía pedir casi nada antes de las diez de la mañana.

Un ingeniero de estas características necesito encontrar un tipo especial de empresa en la que fuera posible desarrollar su peculiar forma de ejercer la ingeniería. La encontró en Cubiertas y MZOV, S.A, cuyo estilo empresarial se encarnaba en la figura de Pablo García Arenal, del que siempre fue un gran amigo, lo que no impidió que Juan fuera estrictamente disciplinado en asuntos de empresa.

En definitiva, pese a su talante de "outsider" respecto al colectivo de Ingenieros

de Caminos, ya que se dedicaba a muchas otras actividades al margen de la profesión, Juan siempre fue un "ingeniero puro", es decir, "un ingeniero constructor", que practicó lo genuino y primitivo de la antigua actividad humana que consiste en hacer realidades nuestros proyectos.

En cuanto a Juan Benet como amigo, sólo puedo decir que ha sido un privilegio disfrutar de su amistad. La extensión y profundidad de sus saberes, su ávida memoria, o su capacidad para repentizar y contar historias sobre los más insólitos sucesos y argumentos hacían de su trato algo enormemente divertido. Incluso, su sarcasmo y su vitriolo dialéctico, quedaban redimidos por su fino sentido del humor: recuerdo que Juan y yo teníamos un desacuerdo, recurrente y casi retórico, en el que sobre todo se trataba de no darse por vencido y tener tema de chanza para siempre. Juan decía: "Galdós es un pesado insoprtable,..... ya sabes un "garbancero", y yo replicaba a Juan que lo que ocurría es que no lo había leído.

Recuerdo también su primer libro. En la época del Porma tenía algunos libros técnicos en la librería de su despacho en Madrid sepultados bajo la mayor parte de la edición de "Nunca llegarás a nada" que había pagado de su bolsillo. Ante la imposibilidad de darle salida comercial, lo regalaba poco a poco a sus amigos; llegué a tener más de una decena de ejemplares idénticos de aquella edición.

Realicé varios viajes en compañía de Juan a lugares tan curiosos como a China o India. Aunque, con él, el interés estaba garantizado independientemente de los lugares visitados, siempre percibía la parte esencial de los sitios o de las personas encontradas en el camino.

Al final de su vida creó una empresa de proyectos cuyo nombre Hidrocinética Regional lo dice todo. En su seno, desarrolló proyectos imortantes como la presa de Rialp y a la vez dio rienda suelta a su imaginación lanzando ideas sobre todo tipo de trasvases y regulaciones hidráulicas.

Queda por señalar otra dimensión de Juan Benet: la de "ingeniero ilustrado" de la que ya se ha hablado aquí, interesado en la dimensión civil de su profesión. Tuvo una gran presencia en la prensa, en la que aparecieron muchos artículos suyos sobre política hidráulica, intervino en polémicas a propósito de la explotación del recurso del agua, asistió a un gran número de congresos y simposios, fue miembro del Comité de Grandes Presas. Esta institución le nombró Colegiado de Honor.

El anecdotario de Juan es muy extenso y conocido, gracias a su gran proyección pública, pero no quiero dejar de recordar aquí su teoría, puesta en práctica en alguna obra del "Número impar". Según él, para que una orden dada se cumplimentara correctamente, era imprescindible que la cadena de mandos contara con un número impar de individuos, ya que el subordinado inmediato del ordenante siempre trasmitía lo contrario de la orden recibida.

Por último, decir que Juan fue una persona que siempre enfrentó las situaciones adversas de la vida con extraordinaria entereza y elegancia, incluso la más difícil de todas que fue la de su propia enfermedad y muerte. Muchas gracias.

Muchas gracias Enrique. No voy a comentar tus palabras que todos hemos sentido tan íntimas, tan conocedoras de la figura de Juan.

**Para que una orden dada
se cumplimentara
correctamente,
era imprescindible
que la cadena de mandos
contara con un número
impar de individuos,
ya que el subordinado
inmediato del ordenante
siempre trasmitía
lo contrario
de la orden recibida**

CLEMENTE SAENZ RIDRUEJO

Como comienzo quiero mostrar mi satisfacción por la copiosa milicia benetiana aquí reunida. Como se decía en la Edad Media, la hueste no se ha derramado. Ello me lleva también a la brevedad, puesto que somos muchos, y hay que dar paso a otras intervenciones.

Juan -lo he dicho otras veces- era un poliedro. Un poliedro de múltiples facetas: cada una solía presentar su opuesto y paralela. Los que le conocíamos atisbábamos y presentíamos seleníticas caras ocultas, que, con el tiempo, acababan apareciendo.

Me gustaría glosar aquí la faceta geográfica de Juan. La limitaré a algunos apuntes para no extenderme. Cuando yo le decía que, en puridad, él era un geógrafo, asentía o lo negaba categóricamente, según el talante y las ganas de justa del momento. Los años me dieron la razón.

Hubo un Benet Humboldtiano -el geógrafo ante todo es un viajero- que recorrió medio mundo, con aquellos ojos inquisitivos, investigador de todo lo interesante, que para él era muchísimo. Empleó largo tiempo en recorrer la Iberia recóndita, la España interior que nos acaba de glosar Molina Foix, de los viajes que hizo con Juan. Yo también hice unos cuantos -de alguno ha escrito en la revista "Cauce-2000"- y pude darme cuenta como había llegado a captar los particularismos regionales, humanos, geomorfológicos y geológicos. El texto que aquí hemos oído, de Félix de Azúa, puedo corroborarlo: se comía la tierra, era un auténtico geófago. Se tiraba del coche en marcha, con la afición y entusiasmo que nos ha señalado Adrián Baltanás en su intervención.

En la colección de libros de este Colegio llamada de "Ciencias, Humanidades e Ingeniería" (título muy benetiano inventado por Benet), el segundo libro que editamos fue la "Descripción física y geológi-

ca de la provincia de Madrid" de Casiano del Prado. La iniciativa de la reedición fue de Juan y si leen uds. las descripciones geográficas de Don Casiano y las de "Región", en el gran libro de nuestro amigo, podrán ver la poderosa influencia del geólogo español sobre el ingeniero escritor.

Las proclividades hidráulicas de Juan le inspiraron múltiples escritos, mucho menos conocidos que los de su obra de ficción. Fueron numerosas sus colaboraciones para el Comité Español de Grandes Presas, y publicó un bello libro -muy bien ilustrado- sobre los ríos españoles; ¡A que bombardeo fuimos sometidos Miguel Arenillas y yo cuando sacamos el nuestro sobre el mismo tema! Nos planchaba y zahería, con grandes aspavientos: me habéis pisado la iniciativa, sois unos culteranos; un libro no puede hacerse mas que desde el sentimiento, nunca desde la erudición y que se yo cuantas jocosidades y lindezas por el estilo. Cuando sacamos la Colección del Colegio a que he aludido, el primer volumen -también impuesto por Juan - fue la "Política Hidráulica", de Costa, y en la misma línea, está por salir la reedición del Plan Nacional de Obras Hidráulicas (que espero Baltanás alumbré pronto), con un prólogo - inédito, por supuesto- de Juan Benet.

Tal vez la última iniciativa editorial de Juan -aunque estoy seguro de que aparecerán otras póstumas- sea la del diccionario geográfico del siglo XVIII, que yo le llevé y el trasladó a un amigo) para lo que lo imprimiese Aguilar, apareciendo poco antes de su muerte. Alguien deberá editar la no-nata "Paleopotamología", fruto de sus originales meditaciones sobre la evolución de los cauces fluviales, observando uno de sus ríos preferidos, el Lozoya, en el que contribuyó como Ingeniero a erigir la presa del Atazar. Va a ser un libro importante, ilustrado con dibujos del propio Juan. Otro de sus ríos favoritos fue el Bordecorex, pequeño cauce mesetario que le enseñó Dio-



nisio Ridruejo, camino clave en la historia medieval española, al que volvería y citaría más de una vez. Su pasión hidrológica se manifestaba por igual frente a estas modestas corrientes que frente a las grandes. Buen ejemplo fueron sus lucubraciones entorno al haz que forman Brahmaputra, Mekong y Yangtze, tal vez impulsado por su amigo José Torán. Empecé a oírle manifestarse cuando estábamos recorriendo el gran puente de Nanking, sobre este último curso. Y ya que José Antonio Fernández Ordoñez me ha lanzado el guante, contaré algunas anécdotas sobre el Juan viajero por China (es imposible hablar de un hombre así sin recurrir al copioso anecdotario).

En cierta ocasión, en Shanghai, escapándonos de nuestros obsequiosos y a veces atosigantes tutores orientales, cruzamos de orilla en el transbordador del puerto, colocándonos del lado en que se disfrutaba mejor del atardecer. Los quinientos chinos que viajaban con nosotros -que no veían de cerca un europeo ni en aquel puerto cosmopolita- se pasaron todos a babor, con riesgo de zozobrar. Pronto vemos que la curiosidad se centraba en el personaje más sobresaliente -Juan- y hubo que estibar centradamente aquel señor tan singular, para propia desesperación, pues se le vedaba la contemplación de la bahía. Algo parecido ocurrió cuando fuimos a ver el mármoleo puente que pasa por ser el más antiguo del Imperio (Juan estuvo muy

inquisitivo pues el puente -con tantos avatares hidráulicos a sus espaldas y estribos, se ha quedado sin río, como el Jarama en Talamanca o el Alagón en Coria). Tras el puente nos paseamos la aldea -de quince o veinte mil almas- cuya calle principal era un gran zanjón, ataludado en la llanura loésica por el paso de viandantes y carretas. Sobre nuestras cabezas quedaban las casas en alto, las torres de las pagodas convertidas en palomares de campanillas tintineantes al viento... y los veinte mil chinos, que iban incorporándose a la procesión, presidida por Juan desde su estatura. El oficiaba, con su reconocida vis cómica, leyéndonos en alta voz el relato de un viajero chino que había estado en Europa durante el siglo XVIII: los europeos tienen el pelo variopinto, negro, rojo amarillo, verde (inventaba Juan), y se tocaba ostentosamente el indómito flequillo, sus ojos son redondos (se los circuía) y las narices desmesuradas (Juan se afilaba en público la suya). A cada gesto, ataque de risa generalizado de la multitud. Al final tuvo que saludar. Creo que sus dotes dramáticas nunca fueron mejor recompensadas por un auditorio que, por otra parte y en aquel caso, no captaba más que una mímica cuyo argumento le era ajeno. Varias madres trajeron criaturas para que le tocasen.

También tuvo gran interés por la geografía militar española y, mas concretamente, por la de nuestra última contienda.

Ya saben uds. que publicó un tomito en el que se resume esta, titulado "Qué fue la guerra civil española". Formaba parte de la colección de temas candentes que sacó la Gaya Ciencia. Pero yo creo -por conversaciones con él- que debía tener apuntes de diversas batallas. Una vez, viajando juntos por la Alcarria, me preguntó si yo sabía dónde queda la Casa Ibarra, el lugar boscoso en que pelearon entre sí italianos de los dos bandos. "Clemens" (él con frecuencia me llamaba Clemens), vamos para allá. Interrumpimos el viaje que llevábamos y estuvimos una mañana viendo trincheras, tumbas y cascotazos. Otra vez, al hablarle de la existencia de un fascículo sobre el frente norte de Madrid en relación con el Canal de Isabel II, se interesó vivamente por tener una copia.

Para terminar me referiré a una antinomia yacente en el carácter geográfico de Juan. Se trata de su amor paralelo al regadío (a menudo le gustaba hablar de irrigación) y al desierto. Resulta paradójico, empleando la expresión que acaba de utilizar Blanca. De nuevo las facetas contrapuestas del benetoedro. Su tendencia de ingeniero le llevaba al deseo de regar el desierto y de ahí su afición a los trasvases (incluso a los naturales, como el del pie del Moncayo, que un día le enseñé y derivó en que acabamos buscando la "Sima de los perros vivos" anécdota que sería algo largo de contar).

La afición al desierto y los espacios vacíos le fue creciendo con los años. Había estado en Afganistán, luego fue a la Patagonia y a los desiertos australianos y -cuando estuvimos en China- tuvo la frustración de no ver el Gobi, pero parece que allí pintaban bastos y no nos quisieron llevar. Durante años nos hablaba de recorrer el transiberiano, un viaje a la nada o a la monotonía que le quedó por hacer. Y también creo que permaneció inédita -que me corrijan sus familiares aquí presentes- en su desiderata, la travesía meridiana del Sahara desde que, en sus correrías por el Atlas, vio aquella cartela: "A Tombuctú, veinte jornadas".

Dimos conferencias al alimón. Yo hablaba de los eriales, de la desertización y hacía el papel del malo. Luego llegaba Juan con sus canales y la acción benefactora. Fuimos a Zaragoza, y con el Centro Pignotelli lleno (Juan era siempre un buen reclamo), me tocó describir los Monegros y las Bardenas para que mi alter ego se luciese contando los beneficios del agua. Lo malo fue cuando Juan empezó a elogiar las excelencias de los trasvases, en la cuna de los trasvasofugos. Análoga actuación tuvimos en Madrid, para un grupo de jóvenes urbanistas, y yo quise repetir mi satánico papel desertizador. J.B. me dijo: "Oye, oye, ya está bien, que ahora me toca a mí". Discutimos bastante, pero al final el que hizo de desierto fui yo. Y es que por entonces ya se le había desatado su proclividad eremítica.

Me ha gustado el símil que ha hecho J.A. Fernández Ordoñez sobre la figura y personalidad de Juan: fue un diapiro que emergió entre nosotros. A muchos, como en el diapirismo de la Geología -tan español- nos empujó y trastocó las estructuras propias.

Muchas gracias Clemente, has abierto otra panorámica de la figura de Juan como Juan Benet geógrafo con todo lo que eso conlleva. Pero llegamos ya al final de las intervenciones en este acto.

MANUEL VICENT

Como Juan ya está bastante exprimido y supongo que ustedes estarán cansados, voy a hacer un comentario breve y ligero.

No me acuerdo dónde conocí a Juan Benet, sé vagamente que fue de madrugada en un bar, como es lógico, no en un bar del Ateneo por supuesto, aunque podría ser algo así; pero el aspecto vinario de la literatura forma parte de la generación de los cincuenta de modo que es impensable imaginar a un escritor de esa generación sin

una copa en la mano. Digamos que conocí a Juan Benet cerca de un alcohol y sin ningún idiota a su alrededor, porque ya los había ahuyentado a todos con sus impertinencias.

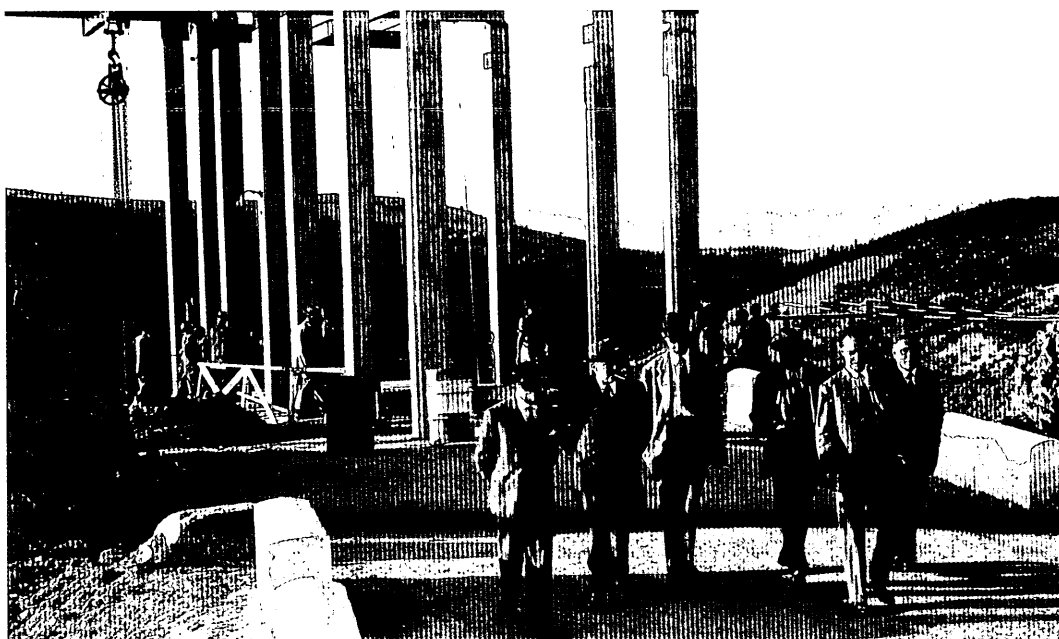
En el momento en el que lo conocí, eso lo recuerdo muy bien, una madrugada en un bar, estaba masacrando por la espalda a un escritor mediocre.

Trabé con él cierta amistad en un viaje a Logroño, por lo visto todo el mundo ha viajado con Juan Benet, pasa lo mismo con García Lorca, que todo el mundo tomó café aquella tarde de Julio cuando se iba a Granada. Bien yo fui a Logroño con Juan Benet en compañía de Juan García Hortelano en aquel Jaguar con el volante a la derecha que te forzaba a hacer de proel, a sacar medio cuerpo fuera de la ventanilla cuando había que adelantar un camión. El nos iba dando lecciones de todo porque Juan Benet sabía infinitas cosas inútiles, era un hombre que en la jerga de los tahures era lo que se llama "tenía un alma de membrillo", en cualquier partida de póker lo hubieran pelado a la media hora, se hubiera quedado sin dinero, y claro él iba dándonos lecciones del Jurásico del humus fluvial y todas esas cosas. Y por supuesto Hortelano asentía a todo.

Ibamos a dar una conferencia a Logroño y ellos habían actuado otras veces al alimón y ese espectáculo ya lo habían repetido. Estábamos ante un público universitario y ellos empezaron la conferencia insultándose mutuamente, destrozándose la obra y además cuestionando la capacidad mental del público por haber asistido a ese acto. Naturalmente el público estaba costernado y yo también, cuando me llegó el turno, yo no sabía nada de eso, me dije, bueno pues estos a mí a cínicos no me ganan y empecé a destrozarse la obra de Benet, la obra de Hortelano y yo estaba totalmente costernado y ellos respondieron, Juan Benet, recuerdo que con infinito desprecio me llamó Mediterráneo. Entonces le dije que él sabía muchas cosas del Jurásico pero que en realidad no sabía nada de lo que caminaba por encima del Jurásico, le recordé que en la novela de las "Herrumbrosos"

sas lanzas" narra un suceso de un colegio que lo llenan de cabras y un anarquista prende fuego al colegio y dice textualmente que en ese momento por las ventanas salía "un pestilente olor a lana", y le dije que él sabía del Jurásico pero que las cabras iban por encima del Jurásico y no tenían lana sino pelo. Me llamó otra vez con un infinito desprecio Mediterráneo y así acabó la cosa. Sucesivamente como un juego de tresillo cada uno iba insultándose y ponderando la labor del contrario y así sucesivamente dando la vuelta hasta que al final todo quedaba en su sitio y en regla. Este invento funcionó en Logroño, nos aplaudieron mucho, también en Murcia, después en León, pero en Oviedo nos abuchearon. Ellos luego murieron y yo de momento estoy a salvo.

Decía Camus que si escribes claro tendrás muchos lectores y si escribes oscuro tendrás comentaristas. Creo que Juan Benet lo tiene todo para ser un mito literario, y ya lo empieza a ser porque tiene la muerte y han visto ustedes que suave corren los elogios y la memoria sobre los muertos, los amigos muertos. Tiene la muerte, después tiene una obra difícilísima de escalar, es decir que no tiene lectores y después tiene un grupo fiel de discípulos, de amigos, de exégetas, de comentaristas, y de guardianes del fuego. Por otra parte aquí podría pasar como con Marañón que los escritores decían que era un buen médico y que los médicos decían que era un gran escritor. Sin embargo en Juan Benet se está viendo que los ingenieros dicen que era un gran ingeniero y los escritores decimos que era un gran escritor. Creo que Juan Benet puso el listón muy alto por no escribir una página ridícula, por el terrible miedo que tenía al ridículo. Construyó toda su literatura como ha dicho Eduardo Mendoza como una presa, analizando profundamente la resistencia de todos sus materiales literarios. Según reza el principio de la ingeniería, la naturaleza es un error, los ríos no están donde tienen que estar, ni las montañas, ni los valles donde tienen que



estar. Juan Benet quería corregir la naturaleza, pero literariamente como escritor creo que también quiso corregir la literatura española porque no estaba en el lugar donde debía estar. Y creo que con su obra en España se inició verdaderamente la literatura moderna. Muchas gracias.

Muchas gracias Manolo por tus últimas palabras en este acto de conmemoración y de homenaje a Juan Benet.

**JOSE ANTONIO
TORROJA CAVANILLAS**

Yo quería, antes de terminar, hacer los comentarios finales que me vienen a la cabeza en función de lo que he oído aquí esta tarde. El primero se refiere al agradecimiento que todos los ingenieros debemos a Juan Benet por haber conseguido algo que a nosotros nos resulta difícil. Es evidente que Juan ha conseguido que los escritores aquí presentes hayan entendido nuestra ingeniería, cosa que a nosotros nos resulta complicadísimo transmitir a otros mundos que no sean el nuestro. Por muchas de las expresiones que aquí hemos oído, es claro que han captado de verdad, no los cálculos, o las resistencias de los materiales, etc., sino la esencia real de lo que es nuestra ingeniería.

Y el segundo se refiere al hecho aquí comentado, y creo que ha sido Javier quien lo ha hecho, de que este acto de Homenaje a Juan Benet se celebra nueve meses después de su fallecimiento. Efectivamente es un largo plazo, y han sido varias las razones que nos han aconsejado irlo posponiendo. Pero esto mismo nos permite constatar un hecho significativo. Recuerdo que en una ciudad española, y no sé cual es, un alcalde tomo una sabia decisión: cuando se proponía dar el nombre de una calle a un personaje recién fallecido, propuso esperar dos o tres años hasta conceder aquel honor, porque en los momentos iniciales tras su muerte, el apasionamiento, los amigos, el recuerdo reciente, hacen que todos quieran otorgarlo sin la meditación sosegada sobre la importancia real del personaje. Pero si pasados aquellos dos o tres años todavía esa persona se seguía recordando con admiración y afecto, ese era el momento para poner su nombre a la calle. Hemos esperado nueve meses, pero el hecho de, a pesar de ello, ver esta sala tan llena de admiradores y amigos y de contar con la presencia en esta mesa de cuantos habéis participado en este homenaje, nos hace confiarnos en nuestro convencimiento de que la figura de Juan Benet es de esas que no se olvidan, que permanecerá siempre en la memoria de todos nosotros. Y nada más muchas gracias a todos. ■